

EL DEMÓGRAFO DE LA OTAN<sup>1</sup>

Habida cuenta del permanente peso social de las cuestiones de población, resulta sorprendente que su influencia sobre el discurso social y político establecido haya sido tan precaria e intermitente. Dentro del ámbito académico, la demografía y la demografía histórica son normalmente disciplinas menores, más bien marginales aunque debidamente respetadas por su rigor y por la brillantez de sus más destacados representantes. Políticamente, los temas de población normalmente han venido impulsados desde la derecha y desde el poder. Estaban en el primer plano del discurso mercantilista sobre los Estados y la competitividad, en la distópica economía política de Thomas Malthus y en la planificación de masivos ejércitos nacionales, especialmente en Francia, con su vanguardista y popular control de la natalidad. En las Américas del siglo XIX, la cuestión se planteó en forma de inmigración dirigida. «Gobernar es poblar», se decía en Argentina. En Cuba y Brasil, los emigrantes europeos se percibían como un medio para la transformación social, desde las plantaciones esclavistas al capitalismo y a la producción de mercancías, «blanqueando» la población en el proceso. En América del Norte, la emigración europea fue el medio para conquistar el Oeste.

La caída de las tasas de natalidad europeas en las décadas de 1920 y 1930 produjo una mayor preocupación en el espectro político sobre los temas de población, desde el fascismo a la socialdemocracia escandinava, pasando por el «gobierno nacional» en Gran Bretaña. En Suecia, Alva y Gunnar Myrdal, la pareja estrella del reformismo moderno, hicieron de la población la base de una agenda político-social a gran escala que, singularmente, incluía facilitar la participación de la mujer en la fuerza de trabajo y levantar las restricciones sobre los anticonceptivos, en un amplio programa para promover la paternidad voluntaria. Sin embargo, también incluía la esterilización eugenésica de los pobres «asociales» y de los mentalmente «retrasados». Tanto la socialdemocracia sueca como la Alemania nazi tuvieron un impacto material sobre la historia de la población nacional, al

---

<sup>1</sup> Gunnar Heinsohn, *Söhne und Weltmacht. Terror im Aufstieg und Fall der Nationen*, Munich, Piper, 2008, 189 pp.

contrario de la pura grandilocuencia de la Italia de Mussolini. Pero fue el éxito alemán –y su posterior derrota militar– lo que desacreditó las políticas de natalidad en Occidente, más o menos hasta la actualidad.

A partir de 1945, la política occidental sobre población se concentró en el control de la natalidad en el Tercer Mundo, donde se consideraba que era una palanca importante para el desarrollo económico. La campaña fue conducida por una pequeña pero entregada fuerza de protestantes noraatlánticos y filántropos estadounidenses, encabezados por el bautismo de los Rockefeller, junto a internacionalistas escandinavos y agencias de ayuda. En el densamente poblado Japón postimperialista hubo una temprana adopción del control de la natalidad, y al contrario que la izquierda marxista, líderes laicos del Tercer Mundo como Nehru y Nasser se mostraban favorables a ella. En América Latina, la hostilidad oficial empezó a cambiar en la década de 1960, pero fue solamente en 1984, con la Conferencia sobre Población de Naciones Unidas en México, cuando hubo un refrendo global de la planificación familiar. En la década de 1960, la promoción activa del crecimiento de la población estaba en buena parte limitada a los países comunistas de Europa del Este, donde la fertilidad había caído en picado con la participación casi universal de la mujer en la fuerza de trabajo. En Hungría, esta política se limitó en buena parte a los incentivos económicos –que produjeron algún resultado– mientras que en la Rumania de Ceausescu la política se llevó a cabo con su brutalidad característica, declarando ilegales el aborto y los anticonceptivos. Durante casi 500 años Europa del Este había sido una región de emigración, pero en el último tercio del siglo xx, la inmigración se convirtió en un factor que se refería no a la población sino a un problema de cultura política. El último desarrollo demográfico en atraer la atención política en Europa –aunque solo en los últimos diez años– es el envejecimiento y el descenso de la población. A finales de la década de 1990, el programa de investigación de la Unión Europea no mostraba ningún interés por proyectos sobre este tema. Actualmente, sin embargo, está ampliamente reconocido y la inmigración selectiva se ve como una solución a los problemas de asegurar el dinamismo social y el apoyo social para los ancianos.

Entretanto, en la historiografía social y la sociología histórica ha habido algunas investigaciones muy sofisticadas sobre las interacciones del cambio de población y del desarrollo político y económico. Uno de los principales debates se centra alrededor del trabajo de Robert Brenner que se ocupaba del entonces prominente «modelo demográfico» para explicar los orígenes del desarrollo capitalista en Europa. La importancia de la población no estaba en duda, pero el principal punto de preocupación de Brenner eran las instituciones de propiedad y las relaciones de clase a comienzos del periodo moderno en Inglaterra, la encaminaron hacia el capitalismo industrial. Brenner sostenía que «bajo diferentes estructuras de propiedad y diferentes equilibrios de poder, tendencias demográficas o comerciales similares [...] planteaban oportunidades y peligros muy diferentes, y por ello, provocaban respuestas dispares». Como historiador ri-

guroso, Brenner no estaba negando la fuerza de los movimientos de población sino centrándose en sus variables canales institucionales.

Otra importante intervención que reafirmaba la efectividad del poder de la demografía fue la obra de Jack Goldstone, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, publicada en 1991. Goldstone se centraba en la Revolución inglesa del siglo xvii, pero también se ocupaba de la *Fronde* francesa del mismo periodo hasta llegar a la misma Revolución, al mismo tiempo que dirigía algunas incisivas miradas de refilón a las revoluciones preindustriales fuera de Europa, desde el Imperio Otomano hasta Japón. El principal argumento de Goldstone era que el crecimiento de la población socavaba el equilibrio de poder y de los recursos existentes en sociedades con poca capacidad para el ajuste económico o institucional. Demostraba que en un cierto número de casos las presiones demográficas, producidas principalmente por el descenso de la mortalidad infantil, estaban empujando los límites existentes «de tierra disponible, de las instituciones civiles y eclesiásticas, y del patronazgo real», adoptando diversas formas políticas e ideológicas. Entre ellas se incluían la crisis fiscal del Estado, la división o competencia entre la elite y el aumento del «potencial perturbador de las masas», como resultado de la caída de los ingresos reales, de la juventud de la estructura de la población y de la rápida expansión urbana (la población de Londres se multiplicó por ocho entre 1500 y 1640). El trabajo de Goldstone no produjo un gran debate, académico o político, pero una de las consecuencias de ello es que su «modelo demográfico/estructural» de la revolución social permanece incontestado, por lo menos entre los investigadores sociales interesados en los temas históricos. Aunque mantengan desacuerdos sobre determinados aspectos, tanto Brenner como Goldstone coinciden en que la demografía tiene importantes consecuencias económicas y políticas, pero que estas últimas son variables y tienen que identificarse y especificarse cuidadosamente dentro de los diferentes escenarios y mecanismos sociales.

Sin embargo, en los últimos años ha llamado mucho la atención en Alemania una aproximación más rudimentaria, aunque pretenda tener un gran alcance explicativo. La obra de Gunnar Heinsohn, *Söhne und Weltmacht* [Los hijos y el poder mundial], publicada por primera vez en 2003, ha alcanzado las diez ediciones desde entonces (hasta ahora no hay traducción inglesa). Heinsohn ha sido aclamado por Peter Sloterdijk como el creador de un nuevo campo, el «materialismo demográfico». Nacido en 1943, Heinsohn se ha retirado recientemente de la cátedra de Sociología de Bremen, donde también dirigía un Instituto Europeo de Investigación de Genocidios. Heinsohn ha picoteado frutos (*Lese Früchte*) de todas partes, gracias a una mente muy ágil, a menudo nublada por grandiosas ambiciones intelectuales. Sus primeros trabajos incluyen una teoría de la ley de la familia, en unión de Rolf Knieper en 1974 y una teoría de las guarderías y la enseñanza a través del juego, en 1975. Se dio a conocer, tristemente, con una interpretación muy idiosincrática de la historia demográfica de Europa Occidental, *Menschenproduktion* [La producción de humanos]. En la década-

da de 1980, siguiendo los pasos de otra mente ágil y extraviada, el psiquiatra Immanuel Velikovsky, Heinsohn dirigió su atención al mundo antiguo, remodelando la historia de Egipto e Israel para dar a este último una precedencia cronológica. En 1996 publicó, con Otto Steiger, un trabajo sobre «enigmas sin resolver de la economía», *Eigentum, Zins und Geld* [Propiedad, interés y dinero].

Pero fue en 2003 cuando Heinsohn dio el golpe mediático con el libro que estamos comentando. *Söhne und Weltmacht* es un trabajo de demografía popular que rápidamente alcanzó en Alemania el estatus de *best-seller*, sin duda ayudado por su subtítulo: «Terror en el auge y caída de las naciones». En él, Heinsohn es un hombre con un mensaje político-demográfico que viene de nuevo desde la derecha. Hablando sin rodeos, Heinsohn quiere prevenirnos de que actualmente hay demasiados jóvenes airdados fuera del mundo euroamericano, por encima de todo demasiados jóvenes musulmanes. Desde luego, está claro que los datos sobre grupos de edad en el mundo revelan una mayor proporción de jóvenes, una «prominencia de la juventud», en Oriente Próximo, en contraste con la mayor proporción de población «en edad laboral» en Asia oriental y América Latina o la «prominencia de la población vieja» en Japón y Europa. La contribución de Heinsohn ha sido interpretar este dato como una de las principales amenazas para Occidente en el primer cuarto del siglo XXI. Como reconoce con generosidad, tomó esta idea de la Agencia de Inteligencia para la Defensa de Estados Unidos. En 1997, el director de la AID durante el mandato de Clinton, el teniente general Patrick Huges, había descrito el «fenómeno de la prominencia de la juventud», como una «amenaza global para los intereses de Estados Unidos», e «históricamente, un factor clave de inestabilidad». Pero como buen teórico teutón, Heinsohn vio como embellecer el raído empirismo de la burocracia militar estadounidense con una idea histórico-mundial: «el excedente de jóvenes» —la palabra alemana es *überzählige* [demasiado numerosos]— «prácticamente siempre condujo a aumentar el derramamiento de sangre y a la creación o destrucción de imperios».

El libro contiene tres argumentos principales. En primer lugar, propone una perspectiva de la situación política del mundo contemporáneo de guerra, terrorismo y conflicto civil, debido a la anteriormente mencionada prominencia de la juventud en los países de África y «Asia occidental», que conduce a los jóvenes, por encima de todo a los varones más jóvenes que luchan por un estatus, a varias formas de violencia. Una «prominencia de la juventud» se define aquí, con la precisión de una idea obsesiva, como resultado de que el grupo de edad de quince a veinticuatro años represente más del 20 por 100 de la población, fácilmente previsible con una década de anticipación de los datos ampliamente disponibles de «prominencia infantil» del grupo de edad de cero a quince años. Las cifras se presentan en los capítulos que abren el libro, titulados «El viejo-nuevo enemigo» y «¿Dónde viven los jóvenes?», pregunta a la que se responde que principalmente en los países musulmanes. Heinsohn reconoce que en África y Oriente Próximo la prominencia del grupo de la juventud habrá completado su ciclo en 2025,

pero sostiene que la amenaza global que representará en las próximas décadas puede hacer que el siglo XXI sea incluso más sangriento que el siglo XX.

En segundo lugar, *Söhne und Weltmacht* propone una idea del colonialismo europeo como producto de una explosión de la población, causada por la destrucción del conocimiento medieval sobre el control de la natalidad. En dos capítulos centrales, «Los orígenes demográficos de los conquistadores» y «El poder mundial ayer y mañana: más hijos y estructuras de propiedad más estrictas», Heinsohn explica que la «expansión mundial de Europa» fue un éxito porque estaba realizada por sociedades con derechos de propiedad, y por ello, con bancos, crédito y dinero. Sin embargo, los varones del actual grupo de la juventud están localizados en países pobres que carecen de sistemas de educación que les proporcionen el estatus que buscan. Por último, Heinsohn entra a considerar los bajos índices de reproducción y fertilidad en Europa, y a preguntar si sería posible que las mujeres europeas mostraran más entusiasmo por la maternidad. Sin embargo, ha atacado el «keynesianismo demográfico» francés y alemán, por alentar a las mujeres inmigrantes «sin cultura» (*Bildungsferne*) a reproducirse. Una política de población correcta proporcionaría generosos incentivos para que las mujeres educadas, las mujeres «con carrera», tuvieran por lo menos dos hijos. Para el resto, considera que los derechos sociales y las remuneraciones asistenciales deberían ser suprimidas para todos, excepto para los discapacitados físicos y mentales.

Sobre qué hacer con los airados jóvenes *ante portas*, Heinsohn es tan discreto como sus maestros en Washington y Virginia. El director de la investigación del genocidio es prudente para no decir que exterminarles puede ser la solución más barata y racional. En vez de ello se refiere a la estrategia estadounidense de «vencer-mantener-vencer», que puede traducirse al lenguaje diario como matar (por derecho preferente)-mantener (sometidos a otros enemigos)-matar (al próximo enemigo antes de que se mueva). Heinsohn deja claro que la «guerra contra el terror» es una ofensiva a largo plazo, «de toda nuestra vida», contra oleadas de jóvenes rebeldes del mundo islámico. El libro fue escrito en el periodo previo a la invasión de Irak, de la cual Heinsohn era un ardiente defensor, y contiene su parte de sombrías meditaciones sobre las «dictaduras genocidas» y las «armas de destrucción masiva». En intervenciones recientes, su perspectiva ha tenido una orientación más política, quizá debido al hecho de que sobre la base de *Söhne und Weltmacht*, ahora es un interlocutor frecuente del Ministerio del Interior alemán, del Servicio de Inteligencia (BND) y de la OTAN. Heinsohn sostiene que cuando sea posible, se debería dejar que los jóvenes airados se mataran los unos a los otros, como en Somalia o Darfur. Si eso no funciona, se propone una discreta ayuda militar al bando «más civilizado», poniendo un claro ejemplo con las armas francesas para la lucha del régimen argelino contra los islamistas. Pero si los jóvenes airados se vuelven amenazadores para los intereses occidentales, será necesario un golpe militar preventivo. De cualquier forma, a continuación no se deberían producir ocupaciones a largo plazo ni intentos de «construir un Estado».

Estos intentos no solamente son costosos sino que además son inútiles, ya que el número de jóvenes airados continúa creciendo. Para Heinsohn las ocupaciones de Afganistán e Iraq han sido un grave error. Se opone por completo a cualquier ayuda de Naciones Unidas o de la Unión Europea a Gaza, ya que simplemente financia el «armamento demográfico» de los palestinos. Todavía sus perspectivas independientes pueden desconcertar igualmente a la opinión establecida del otro lado, pidiendo desde *The Wall Street Journal* que los europeos acojan inmediatamente a 250.000 jóvenes palestinos para aliviar la presión en Gaza.

De manera extraña para alguien con un amor –quizá no correspondido– por la demografía y sus implicaciones sobre el poder, Heinsohn guarda silencio sobre una variable decisiva en la relación entre «Occidente» y los jóvenes musulmanes airados: su capacidad comparativa para matar. En la guerra de 2009 de Israel en Gaza, la proporción era de 100 a 1 entre israelíes y palestinos. En la primera fase de la segunda guerra estadounidense en Irak, estaba cerca de 1.000 a 1. Esta es una gran ausencia en el análisis de Heinsohn. La superior capacidad de matar ha jugado a menudo un papel decisivo en la expansión europea, desde la derrota de los incas a manos de Pizarro en la era del mosquete, a las victorias de franceses e ingleses en África en la era de la ametralladora. Desde luego, semejante capacidad puede jugar en contra de los límites demográficos. Los dirigentes israelíes han empezado a sostener que el reloj demográfico que corre a favor de los palestinos puede hacer inviable cualquier tipo de solución en torno a la idea de «dos Estados», para impedir hablar del mucho peor escenario del Estado único. El ignominioso fin del antiguo aliado de Israel, el régimen del *apartheid* de Sudáfrica, está escrito en la pared.

De hecho, a pesar de su admiración por el Pentágono, el primer amor internacional de Heinsohn parece ser Israel, o más profundamente el judaísmo, al que considera un ejemplo ético. (Esto no es una expresión de algún chovinismo étnico-religioso, sino una opción ideológica. Como hijo de un capitán de submarinos del Tercer Reich, no es probable que Heinsohn tenga algún antecesor importante judío.) Realiza un amargo ataque a la crítica europea de los asentamientos en Cisjordania posteriores a 1967 digno de mención, ya que ha estado a cargo de dirigir un instituto de investigación de genocidios. Sin embargo, el protegido movimiento de los colonos se adapta con seguridad a ese término basándose en la amplia definición dada por Naciones Unidas después de la Segunda Guerra Mundial y que incluye el desplazamiento de la población mediante las deportaciones y el hostigamiento. Con los criterios utilizados por el Tribunal de La Haya en las guerras de división de Yugoslavia, toda la dirección política y militar israelí quedaría encerrada de por vida.

Sobre la base de una investigación informal, la reputación intelectual de Heinsohn entre los académicos alemanes de su generación es escasa, «cero», como señalaba un colega; pero en general se reconoce que su presencia en los medios como un intelectual original no es inmerecida. Tras una lec-

tura de *Söhne und Weltmacht*, ambos polos de la evaluación son comprensibles incluso si el libro –esencialmente un panfleto de 15.000 palabras– no merece la descripción que hace Sloterdijk como *El capital* de nuestro tiempo. Ciertamente, para cualquiera que se tome en serio la demografía o, por supuesto, la historia, el relato de Heinsohn del crecimiento de la población europea desde finales del siglo xv es imposible de digerir. Esto no es una cuestión sin importancia, ya que las mismas dinámicas condujeron, de acuerdo con el autor, a la posterior conquista europea del mundo. Heinsohn sostiene que el conocimiento premoderno europeo de los anticonceptivos fue borrado por una caza de brujas masiva, que se desató contra las comadronas en particular, respaldada no solo por la Iglesia católica, sino también por Lutero. La anticoncepción se vio sometida a la pena capital. La consiguiente explosión de la población condujo a la expansión imperialista –inicialmente de España y Portugal– y a la revolución en los Países Bajos e Inglaterra (cita selectivamente a Goldstone). Siguiendo la pista rápida de Heinsohn a través de la historia futura del mundo, el giro demográfico europeo de finales del siglo xv no solamente formó el mundo moderno a través de la conquista colonial, sino que al exportar su fobia a la anticoncepción determinó la historia global de la población: «La transición [...] a la explosión de la población en el mundo empieza cuando, en las áreas conquistadas por Europa, el control de la natalidad se castiga con tanta severidad como en el Viejo Continente».

Semejante explicación descarta o ignora prácticamente la totalidad del conocimiento histórico-demográfico académico. La idea aceptada sugiere que en Europa no hubo una curva de crecimiento «nueva» a finales del siglo xv –que se produciría dos siglos después– sino más bien una recuperación de la devastación producida por las plagas del siglo xiv. De acuerdo con trabajos como el de Livi-Bacci, *Europa und seine Menschen*, o el de Wrigley y Schofield, *Population History of England*, los movimientos demográficos europeos estaban en buena parte gobernados o relacionados con el precio de los alimentos y los salarios reales. Un sistema excepcionalmente flexible de matrimonios tardíos, que mantenía a una proporción significativa soltera, funcionaba al oeste de la línea Trieste-San Petersburgo, siguiendo la frontera de los asentamientos medievales germánicos. A escala mundial, la idea central del conocimiento demográfico –codificada demasiado rígidamente en mi opinión, en la teoría de la «transición demográfica» de J. C. Chesnais– es que la aceleración del crecimiento de la población fue producido por el descenso de la mortalidad. Mientras Heinsohn exagera de forma absurda la importancia del control de la natalidad en la época premoderna, así como el poder político y religioso que actuaba sobre ella, hay bastantes evidencias de que la anticoncepción apareció en el siglo xvii y a principios del xviii entre varios grupos privilegiados: la burguesía judía en ciudades italianas como Livorno y Florencia, en el patriciado de Génova, entre los Lores ingleses y entre los nobles suecos.

¿Puede la «prominencia de la juventud» explicar las rebeliones de 1968? En Francia realmente había un extraordinario crecimiento del número de

adolescentes, casi el 50 por 100 entre 1960 y 1970; en Estados Unidos la cifra era un poco menor. En Italia y Gran Bretaña solamente hubo un modesto crecimiento. En Alemania y Suecia hubo un pequeño descenso, aunque el grupo de edad entre los veinte y los veinticuatro años aumentó en más del 40 por 100. Sin embargo, la competencia por un estatus frustrado no parece tener ninguna relación con las rebeliones juveniles de la década de 1960. Esta década y la siguiente fueron los años dorados del crecimiento de la economía y del empleo en la Europa continental. Los trabajos universitarios se multiplicaban, los estados del bienestar en rápido crecimiento proporcionaron nuevos mercados de trabajo para mujeres, el mercado de los trabajos administrativos creció enormemente y las fábricas experimentaban una grave escasez de mano de obra, que solamente podía remediarse invitando a inmigrantes a los países de la Europa noroccidental. Personalmente, como un radical de la década de 1960, de la generación de la explosión de la natalidad, retrospectivamente encuentro muy notable nuestra despreocupación por un trabajo y una carrera. Incluso aquellos de nosotros, como yo mismo, que no procedíamos de un origen privilegiado o no contábamos con un respaldo intelectual, estábamos convencidos de que después de periodos de intensa actividad política, encontraríamos un trabajo decente en algún sitio. En su *Birth and Fortune*, el economista americano Richard Easterlin señala el descenso relativo de los ingresos de los cabezas de familia jóvenes, en comparación con los de mediana edad, concomitante con un auge de la alienación política. Pero el problema de los datos de Easterlin para explicar la rebelión de la década de 1960 es que la caída más acusada se produjo después de 1973, que no coincide con la aceleración del radicalismo. Igualmente, el estudio de Louis Chauvel sobre grupos franceses, *Le destin des générations*, encuentra un declive económico generacional más tarde, entre aquellos que alcanzaban los veinte años en 1975 y después.

Como todos los demás datos, las estadísticas demográficas pueden ser ridículas cuando se extrapolan de su amplio contexto histórico-social. Suecia, con datos completos sobre población que se remontan prácticamente hasta 1750, los más antiguos del mundo, presentaba una «prominencia de la juventud» desde el siglo XVIII –y probablemente desde antes– hasta la Primera Guerra Mundial. Hasta ahora, este hecho no ha añadido nada significativo a nuestra comprensión de la historia del país. La demografía, incluso cuando se utiliza de manera académica, no es una ciencia moral, lo que explica en parte su atractivo para las burocracias militares. El argumento de la «prominencia de la juventud» no nos puede decir nada del carácter opresivo del sah en Irán, del terror de la ocupación sionista de Palestina, del horror de las guerras de Estados Unidos en Vietnam, Iraq y Afganistán, de los insultos de los islamófobos, de la hipocresía del liberalismo capitalista, o de los agobiantes armarios del patriarcado. El conservador atractivo de ideas como las de Heinsohn está en su cualidad desacreditadora: te crees que estás protestando contra esto o contra aquello, pero de hecho solamente estás compitiendo a ciegas por un estatus dentro de un grupo de edad superpoblado. Sin embargo, los temores del Pen-

tágonos a los jóvenes airados, de los que no habría que excluir *a priori* a las jóvenes airadas, no pueden desecharse simplemente como una paranoia irracional. Esta juventud rebelde puede realmente ser una precursora del cambio social, pero la dirección de ese cambio se decidirá en la lucha política.

Militarmente, el tamaño de la población de una nación significa poco en una época caracterizada por la elevada tecnología del armamento y el despliegue de fuerzas mercenarias por las grandes potencias. Actualmente, las tendencias demográficas tienen mayor probabilidad de tener consecuencias económicas. Absteniéndose de cualquier predicción pseudodeterminista, las sociedades envejecidas y las poblaciones en descenso de Europa y Japón probablemente signifiquen un declive relativo a largo plazo en relación a Estados Unidos, Brasil, China e India. Ahora Japón nunca será el «número uno», ni es probable que la Unión Europea sea la «economía mundial más competitiva basada en el conocimiento». Ha habido algunos argumentos sólidos para una demografía positiva del desarrollo económico: el mercantilismo consideraba el crecimiento de la población como un activo, no un problema social. En el siglo xx, la agrónoma danesa Esther Boserup, propuso una sofisticada teoría del significado positivo del crecimiento de la población. La verdad contenida en esta teoría para la economía agraria está demostrada en la vida misma, de forma más elocuente en los Países Bajos: densamente poblados desde el principio y los principales pioneros del rescate de tierras y de la innovación agrícola. En los últimos años, el economista de Harvard, David Bloom, ha recalcado la proporción entre edad de trabajo y los sectores de la población dependientes, jóvenes y viejos: en este modelo los niños y los mayores se consideran una carga, mientras que los adultos «de primera» son un activo. Bloom y sus colegas han sostenido que el peso comparativo de la población en edad laboral es un componente importante del milagro económico de Asia oriental. La prominencia en Irlanda de la juventud en edad laboral, junto al declive de la tasa de natalidad, también ha contribuido significativamente al aumento en las dos décadas pasadas de los ingresos *per capita*, un aumento extraordinario para los estándares europeos. Mientras tanto, el mundo árabe y África pueden esperar unas espléndidas prominencias de la población en edad laboral para dentro de unos treinta años.

La paradoja de la demografía es que mientras nos informa sobre la vida humana, también facilita una perspectiva instrumental de los seres humanos. Históricamente cercana a las preocupaciones del poder del Estado, es una ciencia de los pueblos así como de las poblaciones. Practicada como paradigma, la demografía y la demografía histórica en especial, es un esfuerzo exigente y digno de admiración. La atención de la izquierda centrada en la división y polarización económica y política a menudo ha olvidado el peso de las sumas y de sus consecuencias. Al mismo tiempo, los argumentos demográficos se han utilizado desde Malthus como un bate biológico sin desbastar, con el que apalea las esperanzas de derechos populares y de coexistencia. Actualmente estamos asistiendo a la rehabilita-

ción del discurso neodarwinista y a la demonización de la juventud extra-europea, en un circuito que se alimenta de la CIA, de los documentos estratégicos del Pentágono, de los institutos de investigación de Bremen, y de ahí a los medios de comunicación liberales, a las ordenes de la OTAN y al discurso público israelí, en las vísperas del ataque sobre Gaza. Con Gunnar Heinsohn, con su acogida y con los de su clase, el mundo está experimentando un vengativo retorno de ideas que florecieron antes de 1945, con el mismo desdén por los no civilizados, por las «razas inferiores», por los derechos de otros pueblos.